Macurawe
Relatos de doña Aruma

Julio Axel Hueto Cruz

Ilustraciones

Rosario de Fátima Pucheta Pacheco

GOBIERNO DE MÉXICO

INPI
INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI)

Lic. Adelfo Regino Montes
Director General del Instituto
Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz
Coordinadora General de Patrimonio
Cultural y Educación Indígena

José Luis Sarmiento Gutiérrez
Director de Comunicación Social

Macurawe
Relatos de doña Aruma

Julio Axel Hueto Cruz

Ilustraciones
Rosario de Fátima Pucheta Pacheco

Corrección de estilo
Jashui Jatsiri Pizarro Márquez

Diseño editorial
Mayra Estefanía Cortés Aguilar

Coordinación
Norberto Zamora Pérez

México, 2022

Índice

1

Introducción

4

Yo te amo

16

Yo te enseño

26

Yo te cuido

Las historias y los consejos de los abuelos son más valiosos que el brillo del oro, con ellos, puedes conseguir alegría, paz, sabiduría y amor. Es por ello que, en este conjunto de tres cuentos, conocerás a Erandi y a su abuela, doña Aruma. Dos mujeres guarijías que viven en San Bernardo Álamo, en el estado de Sonora.

INTRODUCCIÓN

Entre las festividades que celebran se encuentra la *tuburada*, una ceremonia donde agradecen el nacimiento de un miembro del grupo, quien lleva a cabo dicha celebración es el *maynate*, un rezador que se sienta frente a la Santa Cruz, mientras otros hombres bailan “la pascola” y las mujeres “la tuburada”.

Algunas de las artesanías que realizan los guarijíos son las máscaras de pascola que hacen con madera tallada de torote. Otras de las artesanías que fabrican

son arpas, violines, guitarras, zapatos, chaparreras y bolsas con la vaqueta de vaca.

En el primero de los cuentos conocerás de la boca de doña Aruma más sobre la *tuburada*, sus consecuencias y sus beneficios si se realiza de manera correcta, pues antes de que naciera Erandi, una fuerte lluvia inundó el pueblo de San Bernardo Álamo, y luego, con la llegada de la nueva integrante de la comunidad, se calmó la furiosa tormenta.

En el cuento número dos, observaras el bello atardecer mientras aprendes junto con Erandi a realizar una máscara pascola, de igual forma, conocerás por qué debe ir teñida de café, por qué debe llevar grecas alrededor y por qué se pinta una cruz en la frente.

El último cuento, lleva por nombre *Yo te cuido*, en este, acompañaras a Erandi y su abuelita a beber una taza de café mientras esta cuenta la leyenda de los gigantes que querían destruir el corazón de los guarijíos robando a sus hijos. Si no temes a la oscuridad y las leyendas, este cuento es para ti.

Yo te amo

Un lunes, del mes de septiembre, los colores índigo, violeta, coral y salmón del cielo de Sonora, embellecían aún más el pueblo San Bernardo Álamo, con un nuevo amanecer. El viento cálido del alba movía de manera sutil las hojas de los árboles de álamo, mezquite y palo fierro. En la mayoría de las casas blancas hechas de adobe y teja roja, los guarijíos dormían plácidos. Excepto doña Aruma y su nieta Erandi, quienes vestían sus faldas anchas de color rosa, blusas blancas de manta y un pañuelo rojo en la cabeza, justo antes de que los primeros rayos del sol iluminaran el día. Ambas estaban desayunando un rico y humeante caldo de temachaca.

—*Hoy amaneció muy bonito* —dijo Erandi mirando a la ventana.

—*Sí, tenía muchos, pero muchos años que no miraba un cielo tan bello...* —respondió doña Aruma con una sonrisa.

—*¿Cuándo fue la última vez que viste un amanecer así abue?*

—*Un día antes de que los tiempos difíciles nos invadieran durante semanas.*

—*¿Los tiempos difíciles?* —cuestionó la niña.

—*Sí, luego de ese esplendoroso día como el de hoy, el cielo comenzó a lucir gris por las mañanas y negro por las noches. Además, los árboles perdieron su follaje a causa de la lluvia que no cesaba.*

—*¿Eso cuando fue abue?* —preguntó intrigada la pequeña.

—*Poco antes de que tú nacieras, Andi* —dijo tranquila la abuela.

—*¿Y por qué el cielo estaba tan enojado?*

—*Creemos que fue obra de la paisori que entró en nuestras mentes y nos envenenó con avaricia a todos los guarijíos.*

—*¿Con avaricia?* —preguntó la niña confundida.

—*Sí, mira, como los colores de aquella hermosa mañana nos enamoró tanto a todos, que decidimos improvisar una tuburada para que nuestros amaneceres y nuestras cosechas siempre fueran así de bellas.*

—¿Y al día siguiente fue cuando todo se puso feo, abue?

—Sí, al siguiente día fue como si todo lo que estuviese teñido de colores se hubiera desvanecido para ser pintado con grafito.

—¿Y se asustaron cuando despertaron viendo un día triste? — preguntó Erandi cabizbaja.

—Sí, mucho. Fue entonces que cometimos otro error muy grave...

—¡¿Cuál?! —cuestionó con los ojos muy abiertos.

—Realizamos otra tuburada pidiendo que la estabilidad del mundo volviera.

—¿Y volvió?

—No —respondió doña Aruma negando con la cabeza.

—Me imagino que tuviste miedo, abue.

—Sí, mucho, porque la lluvia ya se había convertido en diluvio y su fuerza aumentaba día con día, incluso el agua ya se colaba

por debajo de las puertas. Pero tenía más miedo porque tú estabas en mi vientre pronta a nacer.

—*¿Entonces yo nací cuando la lluvia estaba muy fuerte?* —interrogó admirada la pequeña.

—*Sí. Cuando el pueblo estaba inundado y el agua de la lluvia ya llegaba hasta las ventanas de las casas, los dolores del parto le llegaron a tu mami, y como no podíamos salir con una partera, yo fui quién te recibió y vio antes que nadie. ¿Y sabes qué pasó?*

—*¿Qué?* —preguntó Erandi boquiabierta.

—*La lluvia se detuvo por completo. El sol despertó de su largo sueño. El color del mundo volvió. Y tú, la niña más hermosa, naciste.*

Erandi no podía dejar de sonreír luego de haber escuchado tan sorprendente historia donde ella había sido la heroína de todo San Bernardo Álamo. El desayuno se le enfrió, pero la expresión de felicidad siguió igual de cálida en su rostro. Doña Aruma, observó que

su nieta estaba contenta con lo que le había contado, que siguió platicándole más sobre el día en que había nacido.

—*Y no creas que todo terminó ahí. No... luego, como todos teníamos las casas inundadas, salimos con palas para hacer un hoyo grande en la tierra.*

—*¿Lo hicieron para que toda el agua se fuera por ahí?* —cuestionó confundida.

—*No, lo hicimos para tener una olla de riego.*

—*¿Y cuánto tiempo se tardaron?* —dijo preocupada.

—*No mucho. Como todos ayudamos, fue muy rápido. Nos apuramos a terminar porque luego, hicimos una tuburada para agradecer que la estabilidad del mundo había vuelto, y obviamente porque había llegado una nueva integrante que seguiría conservando nuestras tradiciones guarijías.*

—*¿Y mi mamá y yo también salimos a festejar, abue?* —preguntó intrigada.

—Salieron un ratito cuando el maynate enterró la cruz y empezó a cantar.

Doña Aruma, le contó a su nieta a grandes rasgos sobre cómo fue aquella tuburada que hicieron en su honor. Le platicó cómo armaron una cruz con las varas de los árboles caídos y luego la vistieron con un paño blanco, le colgaron rosarios y listones de colores en los brazos y la clavaron mirando al horizonte. Le explicó la importancia del To´oro en los pies de la cruz, pues a través del humo viajan las peticiones, los rezos y los agradecimientos hacia el cielo.

Y finalmente, le habló sobre las danzas que realizaron todas las mujeres al son de los tres isawiras. Le mencionó que pidieron que las adversidades desaparecieran mientras todas estrechaban sus manos y se balanceaban de adelante hacia atrás para compactar la tierra.

—¿Y los pascolas participaron también ese día, abue?

—Así es Andi. Después de que las mujeres terminamos de pedir que la prosperidad volviera, les tocó danzar a ellos, al son del arpa y el violín, acompañados con sus tradicionales: tenábaris, flores de papel y sonajas.

—¿Cuándo terminaron las ceremonias y las danzas se acabó la pascola, abue?

—No, después sacamos de las casas comida y bebida. Hubo quienes sacaron café, tesgüino, frijoles y carne. Otros, ofrecieron guacavaqui, y los que menos teníamos ofrecimos tortillas de maíz. Pero eso sí, todos comimos un poquito de todo sin dejar de festejar —dijo doña Aruma con una sonrisa en el rostro, mostrando sus encías rosadas.

Dieron las doce del mediodía y el cálido sol de la mañana del lunes se posó encima de la blanquísima casa de doña Aruma. Erandi, terminó de comer su desayuno sabiendo que había sido parte fundamental para que el diluvio se detuviera, seis años atrás.

Yo te enseño

Los rayos del sol entibiaron el aire que soplaba en el pueblo de San Bernardo Álamo. La serenidad que se respiraba esa tarde de lunes era esplendorosa. Ciertas makurawe dormían una siesta, algunas, regresaban de la siembra de cebolla, y otras, como doña Aruma y Erandi, sentadas en sus mecedoras, disfrutaban afuera de su casa la bella puesta de sol.

La ancianita, sostenía en sus enjutas manos una máscara de madera con largas cejas y extensas barbas blancas. Su nieta, observaba perpleja dicha obra de arte.

—*¿Esa máscara de qué es, abue?* —preguntó con inquietud.

—*Es de los pascolas* —respondió con una sonrisa—*. Además, está hecha de raíz de torote* —añadió doña Aruma.

—*¿Y tú fuiste a cortar el torote?* —dijo con los ojos sorprendidos.

—*No, se la compré a don Juan. Pero hasta hace algunos años todavía iba yo a cortar la raíz.*

—¿Don Juan te vendió la máscara ya hecha?

—No, me vendió el trozo de madera.

—¿Es difícil hacer una máscara, abue?

—Es complicado las primeras veces, Andi.

—Cuando tenías seis años como yo, ¿ya sabías hacer máscaras?

—Justamente a tu edad hice mi primera máscara con mi amá —contestó doña Aruma, haciendo una mueca de felicidad.

—¿Esa vez cortaste la madera, abue?

—Sí, pero no lo hice solita, me ayudaron mi apá y amá.

Los ojos de doña Aruma, se humedecieron al recordar lo feliz que había sido en su infancia a lado de sus padres. Erandi, se dio cuenta de que los ojos de su abuelita tenían lágrimas, entonces, le tomó la mano que mostraba manchas a causa del sol. La mujer sonrió mostrando sus rosadas encías y pronto desapareció su llanto.

—*¿Estás bien, abue?* —cuestionó mientras se levantaba de la mecedora.

—*Sí, es solo que me acordé de lo mucho que disfrutaba el proceso de crear una máscara junto a mi amá y mi apá* —respondió la anciana.

—*¿Cómo las hacían?* —preguntó emocionada la pequeña y se sentó en su silla.

Doña Aruma, suspiró y comenzó a contarle a su nieta que luego de cortar la raíz del árbol de torote o álamo, debían dejarla secar algunos días para que perdiera la humedad y, una vez que estaba seca, con un machete le quitaban la corteza y las imperfecciones, para que después con ayuda de una escofina ahuecar la madera y darle forma de máscara. Una vez que tenían la estructura, con una navaja le hacían la forma de los ojos, la nariz y la boca.

—*¿No te quedaron chuecos los ojos la primera vez?* —preguntó riendo.

—*Sí. Uno me quedó arriba y otro abajo* —contestó entre risas.

La abuelita de Erandi siguió hablándole sobre el proceso de creación de las máscaras pascolas. Le dijo que además de lijarlas por dentro y por fuera, las pintaban de color café, luego les hacían grecas alrededor de la cara y les dibujaban en las mejillas el rostro de algunos animales para establecer su jerarquía.

—*¿Por qué la cara debe de pintarse de color café?* —preguntó confundida.

—*La máscara debe de ir de ese color porque de esa manera honramos a los árboles que ya no están con vida.*

—*¿Las grecas que significan, abue?*

—*Es la manera en que representamos a los cerros que nos rodean.*

—*¿Y esa cruz que representa?* —dijo señalando la frente de la máscara que tenía su abuela en las piernas.

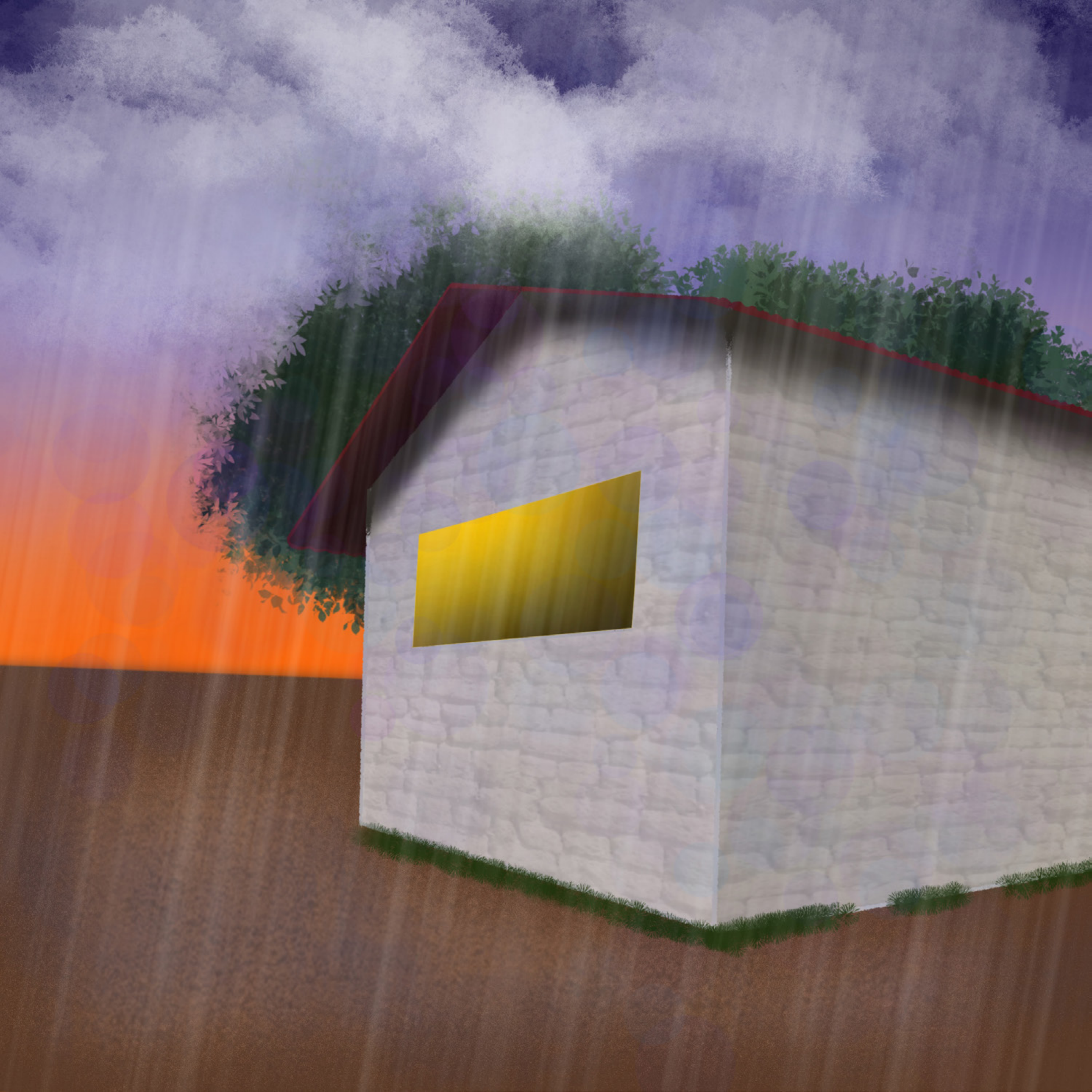
—*Es para que no olviden su función ritual.*

—*¿Y los cabellos de la barba los cortaste de tu cabeza, abue?*

—*No* —contestó riendo—*, son de crin de caballo y son para recordar nuestro mundo antiguo.*

—*¿Mañana puedo hacer mi primera máscara, abue?* —preguntó emocionada.

El sol se ocultó dentro de la tierra, el cielo se vistió de azul petróleo, lila y mínimamente anaranjado. Las luces amarillas de las casas se encendieron. El perfume de la tierra recién húmeda, petricor, embalsamó a San Bernardo Álamo. Erandi y doña Aruma quedaron cubiertas por el anochecer y sus cuerpos se convirtieron en dos sombras.



Yo te cuido

La luna llena se posó en lo alto del cielo estrellado que seguía regando la tierra de San Bernardo de Álamos. El tejabán de la casa, ya no era capaz de cubrir de las gotas de lluvia a doña Aruma y Erandi, por lo cual, decidieron meterse a la casa junto con sus sillas mecedoras y la máscara de los pascolas. Afuera, quedó el aguacero y la fragancia del petricor.

Para calentar la casa y saciar el hambre nocturna, doña Aruma, prendió las hornillas de la estufa, puso sobre el fuego la olla de barro con café y sobre un comal, cuatro gorditas de cuajada. Erandi, se sentó frente a la mesa para degustar los olores de la canela mezclada con el café molido y el barro.

Afuera de la casa, la lluvia aumentó su intensidad y los truenos acompañados de los rayos se hicieron notar tanto que se llevaron con ellos la luz de San Bernardo Álamo, excepto la de la luna que se convirtió en el foco del pueblo. Erandi, abrió los ojos tan grandes que podían ser vistos en medio de la penumbra de la casa, cami-

nó, y como pudo llegó hasta la estufa a abrazar a su abuelita.

—***No tengas miedo...*** —dijo doña Aruma mientras cubría con sus abrazos el cuerpo de su nieta.

La anciana y la pequeña se agacharon y por debajo de la mesa sacaron un par de velas que estaban unidas, cada una, en la boquilla de unas botellas de refresco, doña Aruma acercó el pabilo al fuego de la estufa y una vez prendidas las veladoras las dejó sobre la mesa.

—*Listo, ya tenemos un poquito de luz, ya no tienes que temer, Andi* —comentó la ancianita para tranquilizar a su nieta.

—*Abue, me puedo quedar aquí a tu lado, es que me da miedo que vengan los gigantes* —susurró.

—*¿Gigantes?* —preguntó confundida, doña Aruma.

—*Sí, los de la leyenda que me contaste el otro día.*

—Ah, ya recuerdo. Pero no tienes por qué temer, ellos no habitan en la tierra, ¿recuerdas que te conté que los maynates los habían derrotado? —dijo con una sonrisa.

—Abue, no me habías dicho que los maynates los habían vencido —expresó sorprendida.

—¿Ah no?, entonces creo que omití esa parte tan importante —confesó entre risas.

—¿Me vuelves a contar la leyenda, abue?, pero ahora sí completa —dijo riendo y luego abrazó a su abuelita.

Doña Aruma, asintió con la cabeza, y empezó a servir el café en dos jarros. Erandi, se sentó en la silla más cercana a su abuelita y esperó a que esta comenzara a contarle la leyenda que tanto le asustaba, pero también le atraía.

—Hace siglos, en lo alto de aquel monte que ilumina la luna, se hallaban dos saguaros muy altos, con decirte que eran más gran-

des que dos árboles de palo fierro unidos.

—*Eran enormes...* —susurró impactada.

—*La leyenda dice que los guarijíos, todas las mañanas, iban a regarlos, a dejarles frutas y verduras de sus sembradíos, pero que una mañana en que los rayos del sol calcinaban, todos decidieron resguardarse en sus casas. Al día siguiente, los guarijíos, preocupados por sus árboles, olvidaron ir a dejarles su ofrenda a los saguaros, así pasaron semanas hasta que alguien se acordó de los grandes cactus y les llevó agua y frutas, pero cuando llegó al lugar, se sorprendió demasiado* —dijo doña Aruma mientras servía las gorditas de cuajada en dos platos.

—*Los saguaros habían cobrado vida* —completó preocupada.

—*Así es. Ambos, abrieron sus ojos y sus bocas, estaban enfurecidos, le dijeron al guarijío que avisara a todos los del pueblo que por la noche desatarían su furia contra los hijos de todos aquellos que los habían olvidado.*

—*¿Y por qué contra los niños?* —preguntó enojada.

—*Porque los hijos son lo más amado para los padres y ellos (los gigantes) querían destruir el corazón de los guarijíos.*

Las manos de Erandi comenzaron a sudar por el miedo y el nerviosismo que sentía al escuchar historia en la oscuridad. Doña Aruma, se percató de ello, así que le pasó su brazo por encima.

—*Desafortunadamente, el mensajero no pudo llevar el recado a los guarijíos* —expresó la anciana.

—*¿Qué le pasó?* —preguntó al no recordar esa parte de la historia.

—*El mensajero quedó petrificado al ver que ese par de monstruos con espinas le hablaron.*

—*¿Y a qué hora de la noche llegaron los gigantes?* —preguntó Erandi, asustada.

—*Antes de la media noche. Cada paso que daban retumbaba en todo San Bernardo Álamo.*

—Abue, si se escuchaban tan fuertes sus pisadas, ¿por qué no los detuvieron antes de que llegaran al pueblo?

—Porque todos pensaban que eran truenos que avisaban que una fuerte lluvia se avecinaba.

—¿Y cuando los gigantes llegaron, qué hicieron todos?

—No pudieron hacer mucho porque los tomaron por sorpresa. Mi abuelita me contaba que ella vio por la ventana cómo uno de los gigantes destrozó la casa de su vecino con su puño —dijo doña Aruma.

—¿La casa de tu abuelita también la destruyeron, o no hicieron nada?

—Afortunadamente, no le hicieron nada, porque todos salieron con antorchas a correr a los gigantes.

—Abue, pero tú me habías dicho que los gigantes se comían a los niños o ¿no?

—*Sí, luego de esa noche, se ocultaron durante años. Pero, cuando yo estaba pequeña volvieron para llevarse a niñas y niños.*

—*¿Y encontraron a los niños y a las niñas?*

—*No como tal, se cree que los gigantes se los comieron y los convirtieron en pequeños saguaros.*

—*Abue, ¿a ti nunca intentaron llevarte?* —preguntó Erandi, muy preocupada.

Un fuerte trueno cayó cerca de la casa. Doña Aruma y Erandi saltaron de susto, el corazón se les aceleró, se miraron la una a la otra y se sonrieron.

—*¿También te asustaste?* —preguntó la anciana.

—*Mucho* —respondió la pequeña con una sonrisa nerviosa.

—*Pero ya pasó, solo fue un trueno* —dijo doña Aruma y siguió contando la historia— *bueno, te decía, a mí sí me quisieron llevar, pero no lo lograron.*

—*¿Cómo le hiciste para salvarte de ellos?* —cuestionó emocionada.

—*Fue gracias a los maynates que me salvé. Aquella noche en que los gigantes volvieron, los cantores ya estaban preparados con sus armas, que eran sus instrumentos, y su voz.*

—*¿Con su canto los vencieron?* —preguntó confundida.

—*Sí. Les cantaron una canción y cuando los tuvieron embobados, les ofrecieron de comer chilicotes.*

—*¿Te acuerdas de qué canción les cantaron?*

—*Era una que decía así: gigantes, gigantes, vuelvan a ser los de antes* —cantó doña Aruma—. *Saguaros, saguaros, nosotros los amamos...*

—*¿Y con esa canción y los frijolitos saltarines que se comieron los mataron?* —preguntó sorprendida.

—Como tal no los mataron, solo los durmieron y los llevaron arrastrando al monte.

Luego de que doña Aruma terminara de contarle la historia de los gigantes a su nieta, la lluvia se detuvo y la luz amarilla de los focos volvió a iluminar las casas de aquellos que aún permanecían despiertos. Erandi, quedó cegada por unos momentos, pues sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. La abuela y la nieta, se tomaron de las manos y se dispusieron a disfrutar de su cena a pesar de estar fría. Una vez que terminaron sus alimentos, ambas se fueron a la cama en la que dormían ambas desde que Erandi era bebé.

Las abuelas son capaces de tejer un manto de estrellas para proteger a sus nietos de la oscuridad que los asecha.

GOBIERNO DE MÉXICO

INPI
INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

México, 2022